

noticias obreras

Una mirada cristiana del trabajo humano y el bien común

Adelanto editorial del libro *La hora de la ciudadanía. Dignidad, derechos humanos y cultura de la paz*, de Federico Mayor Zaragoza y Emilio José Gómez Ciriano (Ed. HOAC, 2026). Una contribución a la paz en un momento convulso que exige que la ciudadanía tome las riendas. Ofrecemos una síntesis de ambos textos, que interpelan directamente a la conciencia cívica, ética y política de nuestro tiempo.

La hora de la ciudadanía en favor de la paz

Federico Mayor Zaragoza y Emilio José Gómez Ciriano



PARTICIPACIÓN Y DIÁLOGO

Con el **Tema del mes** nos ponemos a la escucha. Le animamos a realizar sus comentarios mediante la sección de **www.noticiasobreras.es**; en las redes sociales, con la etiqueta **#LahoradelaCiudadanía** o enviando su aportación a la dirección **participacion@noticiasobreras.es**



La hora de la ciudadanía. Dignidad, derechos humanos y cultura de la paz

En un tiempo atravesado por el rearme, la normalización de la guerra y la creciente deslegitimación del diálogo como vía de resolución de los conflictos, Ediciones HOAC publicará próximamente el libro *La hora de la ciudadanía. Dignidad, derechos humanos y cultura de la paz*, una obra escrita por Federico Mayor Zaragoza y Emilio José Gómez Ciriano que se presenta como una humilde contribución a la paz en un momento convulso, un tiempo que requiere que la ciudadanía tome las riendas y que interpela de manera directa a la conciencia cívica, ética y política de nuestro tiempo.

El libro nace como una llamada urgente a tomar conciencia del momento histórico que vivimos y a asumir la responsabilidad que corresponde a los pueblos frente a una deriva global cada vez más militarizada, excluyente y deshumanizadora. Frente a la lógica dominante del *si vis pacem, para bellum*, que hoy reaparece con fuerza en el discurso político internacional, la obra se sitúa deliberadamente en otra coordenada: la de una paz que no se impone por la fuerza, sino que se construye desde la palabra, la justicia, los derechos humanos y la participación activa de la ciudadanía.

La Comisión Permanente de la HOAC, al presentar este trabajo, subraya precisamente esa tensión de fondo que atraviesa el momento actual: mientras se anuncian planes de rearme sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial, se debilitan los pilares del multilateralismo, se erosionan los derechos sociales y se desplaza a la ciudadanía de los espacios reales de decisión. En ese contexto, la paz corre el riesgo de convertirse en una consigna vacía, desvinculada de la justicia y de la dignidad de las personas.

Frente a esa deriva, el libro reivindica una convicción profundamente evangélica y radicalmente política: es la ciudadanía –y no las élites ni los intereses plutocráticos– quien históricamente ha puesto los cuerpos, ha sufrido las guerras y ha generado las respuestas más creativas y eficaces para la resolución no violenta de los conflictos. De ahí que esta obra insista en que ha llegado la hora de los pueblos, de quienes, desde su igual dignidad, reclaman derechos humanos efectivos y una paz real, no retórica.

El prólogo de Emilio José Gómez Ciriano sitúa el origen de este libro en una circunstancia especialmente significativa. Pocas horas antes de conocerse la muerte de Federico Mayor Zaragoza, el autor recibía de él su felicitación de Navidad y, meses antes, las páginas del texto que ahora ve la luz. Esa coincidencia confiere a la obra un carácter de testamento cívico y ético, elaborado en un momento en el que los fantasmas del miedo y de la guerra han vuelto a ocupar el centro del escenario internacional.

Desde esa experiencia, el libro se propone suscitar reflexión sin renunciar a la esperanza, aportar argumentos frente a los discursos que deslegitiman el diálogo y la convivencia pacífica, y contribuir a la toma de conciencia de una ciudadanía que corre el riesgo de quedar paralizada por el *shock*, el miedo o la resignación. No se trata de un ejercicio académico ni de una reflexión abstracta, sino de una invitación explícita a salir de los espacios de confort, a no normalizar la violencia ni aceptar como inevitable lo que es fruto de decisiones políticas concretas.

Como señala la presentación, resuena en el trasfondo de esta obra la bienaventuranza evangélica: «Bienaventurados los que trabajan por la paz», así como el magisterio claro y sin ambigüedades del papa Francisco, que insistió en que «nunca más la guerra» y en que no hay paz posible sin justicia. En esa misma línea,

el libro se ofrece como ocasión formativa y herramienta de discernimiento, orientada a que personas y comunidades puedan convertirse en instrumentos de paz en medio de un mundo herido.

Este Tema del Mes de **noticias obreras** adelanta y acompaña la publicación de *La hora de la ciudadanía* ofreciendo, a continuación, una síntesis de los dos textos que componen el libro: la aportación final de Federico Mayor Zaragoza sobre cultura de paz y derechos humanos, y la reflexión de Emilio José Gómez Ciriano sobre la ciudadanía, el miedo y la reconstrucción democrática.

Dos voces distintas y complementarias que confluyen en una misma certeza: la paz no es un punto de llegada pasivo, sino una tarea colectiva que exige memoria, coraje y compromiso.

Cultura de Paz y Derechos Humanos



Federico Mayor Zaragoza
Fundación Cultura de la Paz

El sistema de las Naciones Unidas nace en San Francisco (EEUU), en 1945. La Carta dice: «Nosotros los pueblos hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra».

En un mundo «globalizado» a favor de una minoría que caracteriza los albores del siglo XXI, la sociedad civil tiene que desempeñar un papel crucial, potenciando la educación y la formación para un desarrollo global sostenible y humano, que permita participar a escala local, nacional y mundial, y unir las voces de todos para conseguir que las responsabilidades intergeneracionales sean tenidas en cuenta... antes de que sea tarde.

No son los grupos plutocráticos los que solucionarán las amenazas que se ciernen a escala planetaria. Tan difícil misión solo puede ser desempeñada por unas Naciones Unidas dotadas de los recursos humanos, técnicos y financieros adecuados, que integren a todos los países y sean realmente «los pueblos» quienes «construyan los baluartes de la paz» y aseguren a todos una vida digna.

Desde el origen de los tiempos, con un poder absoluto masculino, ha prevalecido la razón de la fuerza (*si vis pacem, para bellum*). Ahora, por primera vez en la historia, los pueblos ya pueden expresarse. Ahora sí, ya es posible pasar de la razón de la fuerza a la fuerza de la razón (*si vis pacem, para verbum*). La primera frase de la

“ Es inaceptable que cada día mueran de hambre miles de personas al tiempo que se invierten en gastos militares más de 4.000 millones de dólares

Carta de las Naciones Unidas es el gran deber presente: «Nosotros los pueblos hemos resuelto evitar a las generaciones venideras, el horror de la guerra». Se había logrado aunar formación, deberes y derechos para un mundo que estuviera a la altura del misterio que representa la humanidad, integrada por seres dotados de la capacidad de crear, de inventar un futuro personal y colectivo...

Sin embargo, estas excelentes previsiones no se pusieron nunca en práctica por el veto que se otorgó simultáneamente a los cinco vencedores de la Segunda Guerra Mundial.

Torres de vigía. Ética del tiempo

La facultad prospectiva es ahora, en los albores del siglo XXI y del tercer milenio, especialmente relevante ya que, por primera vez desde el origen de los tiempos, la humanidad debe hacer frente a desafíos globales que, si no se abordan a tiempo, pueden alcanzar puntos de no retorno. Es, pues, tiempo de acción.

Disponemos de una gran cantidad de diagnósticos, pero ahora es indispensable la actuación oportuna. Y, en estas circunstancias cruciales, la ética del tiempo se convierte en uno de los principales referentes del comportamiento cotidiano, a todas las escalas, para evitar lo que constituiría una auténtica irresponsabilidad intergeneracional.

Debemos saber bien lo que ha acontecido, las lecciones del pasado. Debemos ser conscientes del presente y, sobre todo, tener memoria del futuro... Memoria para saber actuar hoy para el porvenir que está por hacer. Memoria de que todos los seres humanos valen lo mismo. Memoria permanente de que no hay ciudadanos del mundo de clase preferente: ¡todos iguales en dignidad! Memoria de las generaciones que nos sucederán... Memoria de la Tierra entera. Memoria de todas las alboradas, de los «no incluidos», de los que emigran, de los que mueren en el desamparo. Memoria, sobre todo, del amor al prójimo, próximo o distante, porque es con frecuencia el supremo olvido, el supremo error.

Ha llegado el momento impostergradable de la acción consciente y bien argumentada de «Nosotros los pueblos». Porque ahora, por primera vez en la historia, poner en práctica la primera frase de la Carta de las Naciones Unidas es posible.

Sin justicia no hay paz. Sin paz no hay justicia

La gobernanza democrática se basa en la independencia de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Las leyes que se adoptan en los parlamentos reflejan la voluntad popular. Son puestas en práctica por los gobiernos que resultan, igualmente, de la participación de los ciudadanos en las elecciones. Y corresponde a la justicia asegurar que, sin influencia alguna de cualquier índole, se respeten las normas y pautas decididas por el pueblo.

Para que estas reglas supremas se observen cumplidamente son insoslayables dos premisas: que la ciudadanía sea libre y responsable (compartir, compadecer, convivir, cooperar) y que los jueces sean rigurosamente independientes. La tolerancia no es magnanimidad ni indulgencia, ni se refiere a sentimientos de que algo pueda ser tolerable o intolerable. Consiste, básicamente, en saber aceptar las maneras de pensar, los modos de vida, las creencias y las ideologías de los otros. Por esas razones se incluyó, en el artículo primero de la Declaración, el papel clave de la tolerancia para la transición de una cultura de violencia, imposición, enfrentamiento y guerra a una cultura de encuentro, conversación, conciliación y paz.

Paz en uno mismo, en casa, en la escuela, en el lugar de trabajo, en la calle, en la aldea, en la ciudad. Paz a todos. Paz en la Tierra. Este es el más profundo anhelo humano desde el origen de los tiempos, inhacedero por el poder basado en la imposición y en la fuerza. Y esta paz solo es posible si hay tolerancia y respeto.

Desarme para el desarrollo humano y sostenible

Insisto –porque es una referencia esencial en mi comportamiento cotidiano– que es moralmente inaceptable que cada día mueran de hambre miles de personas al tiempo que se invierten en gastos militares y armamento más de 4.000 millones de dólares.

Bastaría con una reducción razonable de estas ingentes y desproporcionadas cifras para que pudieran incrementarse rápida y sustancialmente las ayudas al desarrollo endógeno, sostenible y humano, en todo el mundo; se atendiera el crucial legado intergeneracional del medio

ambiente, asegurando que no tenga lugar el deterioro irreversible de la habitabilidad de la Tierra; la cooperación internacional permitiría la puesta en práctica de las grandes prioridades de las Naciones Unidas (alimentación, agua, salud, ecología, educación, paz...); y, sobre todo, se haría posible el «nuevo comienzo» que preconiza la Carta de la Tierra.

La mejor solución –aunque tengamos que sobreponernos a la inmensa inercia de quienes se aferran al perverso adagio de «si quieres la paz, prepara la guerra»– es el desarme (incluido, desde luego, el nuclear), aplicando una parte razonable de los colosales medios dedicados a la seguridad territorial al desarrollo de todos los pueblos, de tal modo que se haga realidad la igual dignidad y calidad de vida en todos ellos.

Desarme para el desarrollo: así de sencillo. Para ello, son necesarias unas Naciones Unidas refundadas con urgencia. La solución existe. Falta el coraje y liderazgo para aplicarla.

Hacia una cultura de paz y de los derechos humanos en tiempos de crisis

La seguridad siempre ha prevalecido sobre la paz. «Si quieres la paz prepara la guerra» sobre «evitar el horror de la guerra a las generaciones venideras» (Carta de las Naciones Unidas). La base conceptual de los Derechos Humanos es «la igual dignidad» y el derecho supremo a una vida digna.

El pleno ejercicio de los derechos humanos es fundamental para la transición desde una cultura de imposición, dominio y violencia a una cultura de diálogo, conciliación, alianza y paz. Estamos haciendo frente a una crisis sistémica (ética, democrática, social, medioambiental, económica...) que requiere, en consecuencia, un cambio de sistema.

Esa transformación de hondo calado, que podría constituir una auténtica inflexión histórica, es tan ineludible como difícil porque, sobre todo, en Occidente es prácticamente imposible, tanto conceptual como formalmente, desarraigar procedimientos y pautas que durante muchos años han prevalecido. Es necesario que una economía de especulación, deslocalización productiva y guerra sea sustituida, con apremio, por una economía de desarrollo global sostenible.

Ineludibles y apremiantes nuevas premisas. Cambio total de paradigma

La sostenibilidad debe prevalecer sobre los costes (si sigue incrementándose la temperatura a escala mundial,

se producirán efectos irreversibles que comprometerían gravemente la habitabilidad de la Tierra).

Los intereses de las próximas generaciones sobre las presentes.

Lo social sobre lo económico (no hay dinero para los refugiados y emigrantes..., y cada mes el Banco Central Europeo ofrece 80.000 millones de euros al sistema bancario...).

Lo global sobre lo local (los fenómenos a escala planetaria afectan, en poco tiempo, los planteamientos de reducido alcance).

Cambio total de paradigma: la hegemonía de unos pocos por la convivencia solidaria de los muchos (desarme para el desarrollo).


Las amenazas globales deben erradicarse: la amenaza nuclear; el terrorismo, yendo a sus raíces (fanatismo, dogmatismo, supremacismo, extremismo, racismo...).

Solo el mayor conocimiento puede resolver los problemas que tanto oscurecen los horizontes actuales: una transformación en profundidad requiere conocer en profundidad la realidad.

En resumen, debe acelerarse la transición histórica desde una cultura basada en la razón de la fuerza a una cultura basada en la fuerza de la razón.

La hora de la ciudadanía



Emilio José Gómez Ciriano
Responsable de Derechos Humanos
de Justicia y Paz
 @JyPSpain

El martes 26 de junio del año 1945, en la ciudad estadounidense de San Francisco se promulgó solemnemente la Carta de las Naciones Unidas.

El Preámbulo reflejaba un momento histórico de conciencia existencial global en que «los pueblos de las Naciones Unidas» expresaban su intención de poner fin, de una vez por todas, a la guerra como vía de resolución de conflictos y abogar por la paz en el marco de una nueva estructura de multilateralismo. Recogía esta declaración el espíritu del mensaje que el presidente Roosevelt había pronunciado cuatro años antes: «En los años venideros perseguiremos un mundo basado en cuatro libertades que serán garantizadas para todos sus habitantes: libertad de expresión, libertad de creencias,



El pleno ejercicio de los derechos humanos es fundamental para la transición a una cultura de diálogo, conciliación, alianza y paz

libertad de no pasar necesidades materiales y libertad de no tener miedo».

No pasaría mucho tiempo –apenas dos meses– hasta que Estados Unidos lanzara sendas bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, mostrando así que las potencias vencedoras no iban a permitir que la recién nacida organización quedara fuera de su control.

Multilateralismo versus plutocracia

La apuesta por el multilateralismo no quedó circunscrita al ámbito de las Naciones Unidas, sino que se extendió a otras regiones geográficas. Así en Europa, Winston Churchill abogaría, en un célebre discurso pronunciado en 1946 en la Universidad de Zúrich, por la constitución de una «familia europea de justicia, misericordia y libertad» a través de la creación de unos «Estados Unidos de Europa».

En otras latitudes surgirían también organismos multilaterales como la Organización de Estados Americanos (OEA), la Organización para la Unidad Africana (OUA), la Liga Árabe, o la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN).

Paralelamente se iría desarrollando el armazón de una Jurisdicción Internacional de Derechos Humanos con competencia supraestatal y cuyos referentes más conocidos son el Tribunal Penal Internacional, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, la Corte Interamericana de Derechos Humanos o la Corte Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos.

Los grupos plutocráticos representan la antítesis del multilateralismo. Su ambición es controlar la política y la economía internacionales sin tener que rendir cuentas ante nadie. Participan en sus encuentros representantes de gobiernos, instituciones académicas, corporaciones financieras, grandes magnates, dueños de redes sociales...

“ Los grupos plutocráticos representan la antítesis del multilateralismo. Su ambición es controlar la política y la economía internacionales sin tener que rendir cuentas ante nadie

La mayor parte de ellos (G7, Foro de Davos, Club Bilderberg) surgen desde el temor al multilateralismo y como reacción a este.

Susan George recoge en su obra de ficción *El informe Lugano II* les hace decir: «Esperamos haber propuesto algunos objetivos valiosos: minar selectivamente la doctrina obsoleta de los derechos humanos, debilitar la democracia que crea desorden y dismantelar el estado del bienestar que ha llegado demasiado lejos y sale demasiado caro».

La tentación de retirarse a los cuarteles de invierno... hasta que escampe

En su alocución a la 80ª sesión de la Asamblea General de Naciones Unidas el presidente Donald Trump afirmaba: «No solamente las Naciones Unidas no están solucionando problemas, sino que están creando problemas para que otros los resuelvan».

Declaraciones como la anterior contrastan fuertemente con las que había hecho Roosevelt en 1942 y tienen como objetivo erosionar el sistema multilateral. La desaparición del multilateralismo supone dejar vía libre a los conflictos y despejar el camino a los autoritarismos.

El sentir actual de buena parte de la ciudadanía es de conmoción y aturdimiento: ¿Cómo es posible que en pleno siglo XXI el mundo vuelva a estar amenazado por una guerra? ¿Cómo puede ser que discursos militaristas y xenófobos resurjan con tanta fuerza y que instituciones que parecían garantes de estabilidad democrática se estén dismantelando?

Conviene no caer en la trampa de pensar que la situación actual es fruto de una casualidad. Lo que parece haber surgido de manera repentina se lleva gestando durante largo tiempo y ha estado dando «señales de vida» a partir de actuaciones puntuales: securitización y

vigilancia progresiva de las ciudades, privatización del espacio público, recortes de los sistemas de protección social, falta de interés por lo comunitario... Todo ello afecta directamente a los derechos de las personas, crea fracturas sociales y trunca proyectos de vida.

Zygmunt Bauman explicaba que «el miedo es el nombre que damos a nuestra incertidumbre, a nuestra ignorancia respecto a la amenaza, a no saber lo que hay que hacer».

Recordar, resignificar y recomponer: tres «R» contra el miedo

Sustraerse a la conmoción y al miedo es una tarea ardua que, sin embargo, es imperativo afrontar, porque el miedo que no se confronta lleva a su normalización primero, a su justificación, después, y finalmente, a la adhesión a las narrativas que lo sostienen.

Bauman decía que «extraña, aunque habitual y familiar, es la sensación de tranquilidad y la repentina inyección de coraje y energía que se siente, cuando después de un largo periodo de inquietud, ansiedad, premoniciones oscuras, días llenos de aprensión y noches sin dormir, finalmente confrontamos el peligro real: la amenaza que se puede ver y tocar».

Esta estrategia se compone de tres verbos: Recordar, resignificar y recomponer.

Recordar es volver sobre los hechos del pasado desde una memoria consciente y empática. Naomi Klein decía que «un estado de *shock* no es solo lo que nos sucede cuando algo malo pasa. Es lo que nos pasa cuando perdemos nuestra narrativa, cuando perdemos nuestras raíces, cuando nos desorientamos. Lo que nos mantiene orientados, alerta y sin *shock* es nuestra historia».

Resignificar la ciudadanía implica reconocer que los derechos sociales, económicos y culturales son tan esenciales como los civiles y políticos. Educar en el conocimiento de los derechos y perder el miedo a ejercerlos es esencial para contrarrestar el miedo.

Recomponer la democracia exige vida y diálogo en la plaza, espacios donde las personas se encuentran, se reconocen y se interpelan.

Erradicar las narrativas del miedo sobre la que se construye la dominación

Si es necesario educar en una sensibilidad conectada con la historia y en el conocimiento de los derechos, esto



es inseparable de desmontar el argumentario desde el que se tergiversa la realidad.

León Felipe lo expresa así: *Yo no sé muchas cosas, es verdad. / Digo tan solo lo que he visto. / Y he visto: / que la cuna del hombre la mecen con cuentos, / que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos, / que el llanto del hombre lo taponan con cuentos / que los huesos del hombre los entierran con cuentos / y que el miedo del hombre / ha inventado todos los cuentos. / Yo no sé muchas cosas, es verdad. / Pero me han dormido con todos los cuentos / Y sé todos los cuentos.*

La manipulación de la realidad a través de relatos falsos alimenta las opiniones y los aforismos de los que a menudo bebe la sociedad.

El algoritmo tiene un papel fundamental en la configuración de la opinión pública. Gabelas-Barroso y Bordignon afirman: «Convierten a sus públicos en patrones estadísticos de consumo. Muestran los contenidos más afines a cada individuo impidiendo la diversidad y el pluralismo».

Shoshana Zuboff describe cómo el capitalismo de vigilancia controla y domina comportamientos y aprendizajes a través de algoritmos. «El algoritmo nunca es neutral: está al servicio de quien lo crea».

Cultura de paz y construcción de comunidad

La comunidad es el espacio donde tiene lugar la empatía y el reconocimiento mutuos. La salud democrática de una

sociedad está íntimamente relacionada con la calidad de los vínculos comunitarios. Para ello es esencial la educación en una cultura de paz en la que nadie se quede atrás.

Como recuerda Federico Mayor Zaragoza: «Educación para todos. No para unos cuantos. Y todos es muy peligroso, porque los educados no permanecerán impasibles, resignados, sometidos. No serán espectadores sino actores. No receptores adormecidos, distraídos, atemorizados sino emisores».

Solo así se puede hacer la transición de súbditos a ciudadanos.

Construir la paz en la mente (y en el corazón) de las personas

En julio de 1989, en Yamusukro, se habló por primera vez de la importancia de que la paz se asentara en la mente de las personas.

La Declaración y el Programa de Acción para una Cultura de Paz la define como «un conjunto de valores, actitudes, tradiciones, comportamientos y estilos de vida, basados en el respeto a la vida, el fin de la violencia y la promoción y la práctica de la no violencia por medio de la educación, el diálogo y la cooperación»

Construir una cultura de paz requiere hacer la transición desde una cultura 'de guerra' hacia una cultura del encuentro y la empatía. El problema es que en el momento actual existen serias dudas de que los Estados tengan la voluntad de promoverla.

La cultura de paz no se construye solo hablando genéricamente de paz o impartiendo asignaturas. Se necesita crear condiciones para erradicar pobreza, miedo e incertidumbre, lo cual supone decisiones políticas y económicas radicales.

La dignidad de la persona es solamente posible si se asienta desde unas condiciones sociales y económicas de justicia y equidad.

Es la hora de la ciudadanía

Existe un debate sobre si el contexto político actual sería equivalente al que dio inicio a la Segunda Guerra Mundial. Hay aspectos que podrían sustentar esta postura: el auge de los nacionalismos, el resurgimiento de la fiebre expansionista de algunas potencias, las reacciones dubitativas de Estados y organismos ante agresiones que se producen. El debilitamiento del multilateralismo y el aumento de la polarización social y política.

Sin embargo, existen otros elementos que permiten mantener la esperanza: la existencia de numerosas estructuras multilaterales que, si bien debilitadas, todavía pueden seguir siendo un contrapeso a los abusos y las extorsiones de los Estados. La existencia de cierta conciencia de derechos entre la ciudadanía. La memoria todavía viva sobre lo que supusieron las atrocidades de las dos guerras mundiales, a lo que hay que añadir las imágenes de lo que están suponiendo guerras como las de Ucrania y Yemen o el genocidio en Gaza.

“

La cultura de paz no se construye solo hablando paz. Se necesita crear condiciones para erradicar pobreza, miedo e incertidumbre, lo cual supone decisiones políticas y económicas

Es verdad que el ambiente internacional propicio en el que se desarrolló la declaración y el programa de acción para una cultura de paz ya no existe. Conviene no olvidar que fue la presión social y popular y no la iniciativa de los Estados la que promovió que se redactara, promulgara y aprobara la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Es la hora de la ciudadanía consciente que debe alzar la voz y posicionarse, ante quienes no dibujan otro horizonte que la inevitabilidad de un conflicto bélico. Es la hora de que la ciudadanía despierte del estado de shock, tome conciencia de su papel y asuma la responsabilidad de apostar decididamente por el diálogo. ●

